



Yunta. Foto: María Angélica Rozas.

## Nota editorial

---

Siempre ha existido una correspondencia de honor entre el espacio y las piezas que se exhiben dentro de los museos. Las obras, desde el Neoclásico hasta nuestros días, han requerido de espacios donde el arte de todos los tiempos se exhiba con holgura, dejando un “aire” entre las columnas, las vitrinas y los pedestales. Se puede pensar en un espacio principesco si, además, existen escaleras (Louvre, Caserta, Biblioteca San Lorenzo, Florencia, Vaticano, etc.) donde el público se desplaza como en un cortejo real; pero desde el *boom* museístico de los ochenta, el público ha sobrellenado los amplios espacios y los sueños de realeza han desaparecido. Para el administrador del gran museo puede significar un gran triunfo económico, mas no así para el visitante solitario, el *flâneur* culto de antaño.

La verdad es que los museos han estado cerrados por un buen tiempo a causa de la pandemia y no sé qué da más pena, si verlos llenos de gente borrando las líneas prospetticas de la arquitectura o vacíos como si fueran grandes depósitos en la oscuridad. Para sorpresa de todos, después de un corto tiempo de perplejidad, los museos y las galerías respondieron de manera inteligente, echando mano a la tecnología de la comunicación: si no se podía tomar como ejemplo las grandes vitrinas tipo Macy’s (Nueva York), recurrir al museo imaginario de Malraux nos podía ser de gran utilidad. ¡Y pensar que, el que fuera ministro de Cultura de De Gaulle, ya lo había propuesto en 1947! El hecho es que los museos de Lima, al no poder abrir sus puertas, salieron de sus espacios tradicionales y se incorporaron a la red electrónica.

Este último año, las galerías de arte, los museos y los diferentes espacios culturales han vuelto a abrir sus puertas al público, con una amplia oferta expositiva y con gran acogida por parte de los visitantes, que ya extrañaban recorrer estos espacios que aportan no solo conocimiento sobre el desarrollo artístico peruano y satisfacen nuestra curiosidad histórica, sino que también se han vuelto espacios de recreación y paz mental.

Este año, si bien hemos tenido muchas satisfacciones, como la llegada de la vacuna contra la COVID-19, también nos hemos despedido de grandes amigos y colaboradores, como el profesor Gianluigi Colalucci, ilustre restaurador de la Capilla Sixtina, quien trabajó en la conservación y restauración de los frescos miguelangelescos. La recuperación total de los espléndidos colores ha significado un trabajo de alta ciencia y, a la vez, una valiente decisión del profesor Colalucci, que las futuras generaciones le agradecerán por siempre.



Casa de Julio C. Tello, 20 de mayo del 2019. Foto: Gabriel Ramón Joffre

También deseo expresar mi gratitud al doctor Iván Rodríguez Chávez, rector de nuestra universidad, quien siempre nos ha apoyado en las actividades que realizamos a través de la maestría en Museología y Gestión Cultural, la Galería de Artes Visuales y el Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas.

Asimismo, es importante reconocer la colaboración y apoyo de nuestros amigos, Josefa Nolte, Manuel Pantigoso, Miguel López, Cecilia Bákula, Nanda Leonardini, Jaime Mariazza, Sandra Negro, Luis Eduardo Wuffarden, Gabriel Ramón Joffre, Mayu Mohana, Herman Schwarz, Manuel Munive, Ricardo Kusunoki, Giuliana Borea, Ricardo Estabridis, Rodrigo Gutiérrez (Granada, España) y Rodrigo Witcker (México).

Nos apena tener que terminar esta nota con la triste noticia de la demolición de la casa de Julio C. Tello, que ha desaparecido por la desidia, desinformación y falta de cuidado de las autoridades de la Municipalidad de Miraflores y del Ministerio de Cultura. Se ha perdido una buena oportunidad para la conservación de un sitio que ostenta una fuerte carga histórica.

Con un saludo lleno de esperanza, ¡por una Feliz Navidad!

Alfonso Castrillón Vizcarra



*Lanas de Sicuani. Foto: María Angélica Rozas.*